

# EUROCOMUNISMO, COMUNISMO CON CARETA

**C**ARRILLO ha vuelto de su viaje de doce días por los Estados Unidos tras haber cumplido uno de sus objetivos: «vender nuestra mercancía: el eurocomunismo» a Norteamérica. Lo ha dicho él mismo. Lo que no ha aclarado es por cuenta de quién ha actuado de viajante de comercio del comunismo, como en los tiempos en que era el encargado de marcar con una cruz sinistra las listas de detenidos en Madrid. Para que no haya error, señalemos que en uno y otro caso, el verdadero empresario de Carrillo es el comunismo. Y el comunismo quiere decir Moscú.

No es la primera vez que «el vender comunismo», se le ponga la etiqueta que se le ponga, a Norteamérica es el principal negocio de los esclavistas del Kremlin. Únicamente cambian la condición de los viajeros de este comercio, el adjetivo que se le ponga a la mercancía y el lenguaje utilizado en el mercado. Cambian las caretas, en definitiva. Hubo un tiempo en que por Washington y sus departamentos gubernamentales, empezando por el de Estado, pululaba una serie de personajes especializados en hacerles creer a los norteamericanos que, en el fondo, Stalin era «un buen demócrata» progresista, y quienes lean el libro del embajador roosveltiano en Moscú, Davies, podrán comprobar cómo este diplomático permaneció ciego y sordo ante lo que el resto del mundo ya sabía: que Stalin era el más sangriento tirano de la historia y que el comunismo estaba construido, desde los tiempos de Lenin, sobre la sangre, el hambre, las matanzas y la esclavitud.

Tuvo que alzarse Krustchev sobre el podio acusador del XX Congreso del Partido Comunista soviético y soltar aquella tremenda catalinaria contra Stalin, balanceándose como un plantigrado, para que se admitieran que eran ciertas las acusaciones contra el georgiano, al que Churchill, en la conferencia de Postdam, le otorgó el título de «Gran Stalin», de igual modo que en la conferencia de Yalta los dos compadres que regalaron media Europa le llamaban «el buen tío Joe». Como es sabido, Krustchev se quedó corto en la larga, larguísima relación de los crímenes de Stalin, por razones obvias. El «buen Nikita» no se dignó incluir entre las víctimas más que a los comunistas sospechosos a los ojos del georgiano y que éste sacrificó a su tiranía personal. De los pueblos esclavizados por el sistema comunista —con millones de personas liquidadas desde los Países Bálticos hasta Alemania, Polonia, etcétera— ni una palabra. Y se entiende por qué: Stalin esclavizó esos países en nombre del comunismo, y las víctimas fueron sacrificadas en nombre del avance del comunismo. Por lo demás, aunque se condenara a Stalin, los pueblos por él esclavizados no recobraron la libertad. Por el contrario, en la Alemania Oriental y en Hungría los tanques y las ametralladoras de Krustchev se encargaron de mantener la «pax soviética».

Fue Krustchev quien llamó al «muro de Berlín», que sigue siendo «el muro de la vergüenza» «la más bella obra del socialismo». Y ha sido Breznev, el actual dirigente de la Unión Soviética, quien encargó pronunciar un encendido elogio del fundador de la «Cheka», Dzerjinsky, creada por Lenin y que representó el más sádico instrumento de tortura, muerte y persecución que se conoce. Los elogios dedicados por el sucesor de Dzerjinsky, Andropov, a los feroces liquidadores de intelectuales, obreros, burgueses, religiosos, militares y campesinos, resultan naturales si se recuerda que hoy el «goulag» se ha perfeccionado con el sistema de los manicmios a los que se envía a los «disidentes» por perfectamente sanos mentales que estén. Así es el comunismo.

De Lenin a Stalin, de Stalin a Krustchev, de Krustchev a Breznev, y de Breznev a Carrillo y los «eurocomunistas» se recorre una línea tortuosa sólo en apariencias. Todo es un juego de caretas. En sesenta años, cada una de las versiones del mismo comunismo ha revestido su careta, su adjetivo «tranquilizante» para quienes deseen engañarse. Aún están frescos los superlativos apologéticos dedicados a Stalin por Neruda, Togliatti, Thorez, «Pasionaria» y «tutti quanti». Después, cuando se le desalojó del panteón de Lenin, se olvidó esta sucia baba de encomios que fueron trasladados con igual cinismo a su fiscal Krustchev. Y cuando el conter-



tulio de las conferencias internacionales y del viaje a la ONU —que también ha recibido a Carrillo— desapareció de la historia, dejando tras sí las matanzas de Hungría y el «muro de Berlín», le sucedió Breznev, descrito complacientemente como un «presidente de consejo de administración». Con esta amable careta, lanzó sus tanques al asalto de Checoslovaquia; ha tendido los tentáculos de los buques de guerra soviéticos por el Mediterráneo y el Índico; se ha instalado sólidamente, por comunistas locales interpuestos, en Africa, en Angola y Etiopía; y está redondeando las conquistas de Stalin, con otros procedimientos, con otra careta: ese «eurocomunismo» cuyo exponente más sacristanesco se llama Carrillo, fiel a Lenin hasta en la utilización de la peluca para disfrazarse.

Ahora Carrillo ha querido llevar los bacilos del comunismo a Norteamérica, en los salones de su más inmovilista Universidad progresista. —no hay contradicción— proclive a estas infecciones. No deja de ser alentador que hayan sido los sindicatos norteamericanos, los obreros, quienes se encargaran de aplicar al «esquirol» Carrillo un correctivo que contrasta con el filisteo lengüetazo de los «intelectuales» de salón estadounidenses y españoles, cuya docilidad de carneros de Panurgo resulta así más que divertida.

Eso nos permite confirmar lo que ya hace tiempo se sabía. Los verdaderos sindicalistas son mejores jueces en la materia comunista que los políticos aficionados. Cualquiera que sea la careta que el comunismo se ponga —la NEP con Lenin, la falsa disolución de la Komintern con Stalin, la «coexistencia» con Krustchev y el «eurocomunismo» con Breznev—, nadie puede engañarse. Cada una de estas trampas condujo a un avance del comunismo y del bloque subordinado a Moscú. Miren el mapa de la Europa occidental y advertirán lo que significa el «caballo de Troya» del «Eurocomunismo» o comunismo con careta en España, Francia e Italia.